



El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponerse al gato. Lo que fuere sonará.

REVISTA SEMANAL.

Estos dias hemos tenido a los franceses en España, no a los de 1808,—que a aquellos no les quedaron muchas ganas de volver,—sino a los de 1864, a los súbditos de Napoleon III, que no es Napoleon I, aunque hoy, como entonces, vale un napoleon diez y nueve reales.

Theophile Gautier, Alberic Second, y otros escritores muy conocidos en su casa y en su pais, han venido a ver lo que era Madrid, a convencerse de la verdad con que ha hablado de la villa y corte, y de sus habitantes, el intrépido trompetero y famoso garibaldino Alejandro Dumas.

Con referencia a una persona que los ha acompañado, sabemos que han vuelto muy desengañados, porque ni han visto bailar el bolero a las damas de la aristocracia, en la Puerta del Sol, ni les ha salido al encuentro cuadrilla alguna de bandoleros en las calles de Madrid, ni siquiera han tropezado con familiar alguno del Santo Oficio, ni se ha enamorado de ninguno de ellos ninguna manola, ni se han disputado las damas principales, navaja en mano, la posesion del albedrío de alguno de los expedicionarios.

Por lo demás, van encantados de España, y se hacen lenguas de los adelantos de esta nacion, obrando con mas justicia y con mas cordura que algunos españoles, que hablan pestes de su pais, y solo les parece bueno lo que es extranjero.

Puede que en llegando allá, escriban mil disparates acerca de nosotros; pero ya les daremos su merecido si a tanto se atreven, si nos juegan esa mala partida.

El palacio de nuestros reyes, el Museo de pintura y escultura, la Armeria Real, la Biblioteca, la Casa de Moneda, han escitado poderosamente la admiracion de nuestros vecinos; pero la fuente de la Puerta del Sol, el caballo embarazado de la Plaza Mayor, los leones del Congreso, el alumbrado de las calles de Madrid, la infinidad de tabernas que hay en las mismas, y la cola del Banco, son otros tantos espectáculos que hubiéramos querido poder ocultar, siquiera durante ocho dias,—y eso que lo que es en espectáculos feos nos lleva gran ventaja la gran ciudad de Paris.

Hemos tenido ocasion de ver los apuntes que lleva en su cartera uno de los expedicionarios, y recordamos los siguientes:

—En Madrid, el Ayuntamiento es enemigo de las luces; sus individuos deben ser todos fenómenos, por la avanzada edad a que han llegado, porque, segun lo poco partidarios que son de las luces, debieron existir ya en tiempo de Calomarde, y mucho antes, y tienen hoy, respecto de ornato y policia de la poblacion, las ideas de aquel tiempo, en que no se tenia idea de nada de eso. Las luces de gas en Madrid parece que están cubiertas con una tupida gasa, y Madrid es el pueblo mas honrado que hay en el mundo, porque en otro cualquier pais, con la oscuridad que de noche reina en Madrid, no volveria un solo vecino a su casa con un cuarto, y cada noche se encontrarían miles de muertos....

—En la Plaza Mayor de Madrid hay un caballo, que pronto debe salir de su cuidado.—Los comadrones que le han reconocido, aseguran que tiene en sus entrañas un escuadron de coraceros.

—Madrid es el pueblo mas empedrado del mundo, porque cada piedra que hay colocada de punta en las calles, tiene en un prolongado grito al transeunte.

—A Madrid viene muchísima gente, porque en una tienda si y en otra tambien se leen estas palabras:—Vino bueno.—Vino.—Vino de la tierra.—Vino de Valdepeñas.—Vino por el propio cosechero.—Vino blanco.—Vino tinto.»

—El gobierno español protege el suicidio, vendiendo tabaco, que mata lenta, pero seguramente.

—El Banco español tiene cola, que todos los dias la cortan, y cada dia amanece mas larga. Para cortar enteramente esta cola, es preciso hacer una operacion, que dicen que costará mucho dinero.

—Cada periódico español vive en su época.—La Iberia, por ejemplo, está ahora en el año 43, La Libertad, en el 54, El Pensamiento español, en la época de Felipe II, La Discusion, en el 93, La Democracia, en 1864, La Epoca, en todos los tiempos, La Razon española, en estado de merecer, no sé cuánto, El Espíritu público está con nosotros—(¡ah! ¡valiente!),—y lo que siento es no saber dónde se reúnen los negros a merendar, que debe ser un espectáculo curioso que hay en España, porque he oido hablar a muchos de merienda de negros.

—He visto las mujeres españolas, y mas me valiera no haberlas visto, porque, viéndolas, héme quedado vizeco. Temblando estoy volver a ver a mi señora, porque esta perderá bastante en la comparacion. Las mujeres son lo mejor que hay en España, y

no necesitan navaja para matar a un francés, que cae redondo con solo que le disparen una mirada con esos ojos que tienen.—Si tengo la desgracia de quedarme viudo,—que otras desgracias podrian sucederme peores,—me parece que a España me vengo a buscar esposa, aunque he advertido que estas señoras nos quieren poco, y las que menos nos quieren son las que a nosotros nos gustan mas, las que venden buñuelos, y naranjas, y rábanos, las operarias de la fábrica de tabacos, etc, etc....

Dejemos a los franceses, camino de su pais, y Dios ponga tiento en sus plumas para que no digan algun disparate de nosotros, que nos obligue a ponerlos como chupa de dómine.

Y volviendo a la cola del Banco, ya habrán VV. leído en los periódicos de Madrid esta estupenda noticia:

«Para evitar la confusion que habia en la plazuela de la Leña, se forma ahora en la de Santa Cruz un depósito de hombres y mujeres, que desde allí van escoltados de seis en seis a las puertas del Banco, donde entran por turno a cambiar los billetes.»

Elévese inmediatamente una estatua en la plazuela de la Leña al autor de esta medida, a este salvador de la sociedad.

Tiene razon ese prójimo; para quitar la confusion de un sitio, no hay como llevarla a otro.

Por supuesto que ese depósito de hombres y mujeres es lo mas inmoral que hemos visto en este siglo de las grandes inmoralidades.

La escolta hasta las puertas del Banco es, ó una injuria ó un honor que se le hace al dinero.

O es que el que tiene un billete de Banco es sospechoso, ó que es digno de toda reverencia y acatamiento.

Yo creo que la escolta significa las dos cosas; se tiene miedo a los que aun tienen algo que valga dinero, y se les persigue y se les ceta, y se quiere averiguar de dónde han podido sacarlo, y al mismo tiempo se admira, y se respeta, y se le concede todo honor y toda preeminencia a quien lo tiene.

Por supuesto que en cuanto la cola, que no por estar mas lejos es menos cola, produzca la consiguiente confusion en la plazuela de Santa Cruz, estoy viendo que para evitarla, se le va a ocurrir al mismo autor de tan salvadora medida, poner el depósito de hombres y mujeres en la Plaza Mayor, y así irá luego paseando la confusion por todas las pla-

zas de Madrid, hasta que en lugar de escoltar de seis en seis a los poseedores de billetes hasta las puertas del Banco, imagine escoltarlos hasta la puerta de Toledo, y fusilarlos allí, que es la mejor manera de evitar confusiones.

A propósito de la escolta, me han referido lo siguiente:

—Seis jóvenes de buen humor formaron en la cola, y fueron llevados con la escolta hasta las puertas del Banco. Al llegar a este santuario, uno de ellos se volvió, y quitándose el sombrero, dijo a la escolta:—¿Qué se retire la escolta y los seis se dirigieron hacia la calle de la Paz.—¿No cambian ustedes los billetes? les gritó uno de la escolta.—¿Qué hemos de cambiar, contestó uno, si no los tenemos!... No tenemos dinero, pero hemos tenido escolta, que no la han de tener solo los que llevan dinero....

Los días que los carteles de los Campos Eliseos anuncian *Concierto*, nueve, diez ó doce mil personas van presurosas al *Concierto*.

Tal es el desconcierto en que estamos, que el concierto nos parece mentira, y todos queremos convencernos por nuestros propios oídos de que todavía hay concierto en el mundo.

¡Qué música aquella! ¡qué bien dirige el maestro Barbieri! Si yo pudiera, ministro había de nombrarle, á ver si lograba unir y armonizar los instrumentos de *aire*, de *metal*, de *cuerda*, y los infinitos bombos que hay en España, y que cada uno suena en distinto tono.

Pero mas vale que no lo sea, porque se desacreditaría, porque aquí cada uno lleva distinto compás, y cada uno toca y canta lo que le conviene, no lo que conviene á la armonía general.

Los Campos Eliseos,—ya que de ellos hablamos,—han hecho este verano lo que se llama un flaco servicio á los principales cafés de la corte. Los dueños de estos desearían que todo el año fuese invierno, invierno crudo, de horribles frios, prolongadas nieves y constantes lluvias.

Si los dueños de los cafés hicieran este año el *Almanaque*, habían de poner, á continuación del santo de cada día: *Mal tiempo*.—*Pulmonías*.

Vamos á salir de Agosto y á entrar en Setiembre, noticia que no sabría ninguno de los lectores, si yo no se la diera.

Los teatros van á abrirse, van á empezar el movimiento, el jaleo, el ir y venir, el entrar y salir, el ponerse de oro y azul todo vicho viviente.... Volverá la corte, volverá todo el mundo, se verá lo que es bueno, y mas se verá lo que es malo, y estaremos entretenidos con las caídas, tropezones, tumbos y volteretas que den los que así viven.—Y EL CASCABEL, en cumpliendo el primer año de su existencia, que lo cumplirá en fin del mes próximo, se vestirá de limpio con letra nueva, mejor papel, mayor tamaño.... y tendrá mucho que contar á sus lectores y mucho de que reírse á carcajadas.

RECUERDOS DE UNA GATA.

(Continuacion.)

II.

Soy hembra, queridas gatas hermanas mías, y por ende frágil en extremo, y en extremo sensible á la lisonja y á la palabrería del amor. Aquel gato tan buen mozo, tan elegante, tan de buen nacimiento, y que tan discreta y ardorosamente expresaba los afectos de su corazón, hizo en mí profunda impresión, y aunque un vago temor me asaltaba y me hacía dudar al pensar en dar el primer paso en la senda del amor, ello es que lo di, y que la noche siguiente me dejé robar por mi galán, aunque la verdad es que yo fui quien traspasó la distancia que de él me separaba, pasando por los tejados y los aleros de los tejados vecinos, con gran peligro de mi humanidad; pero, ¿á qué corazón enamorado acobarda el peligro, y qué hembra, mujer ó gata, piensa, cuando quiere bien, en si podrá estreñarse con suma facilidad?... A la luz de la luna, á la sombra de una chimenea, junto á un nido de gorriones, re-

novó mi amante sus protestas de amor y de fidelidad, y me dejé convencer, y con mil monadas y mil zalamerías le aseguré de mi tierna correspondencia.... Allí nos sorprendió el día, y allí me dejó mi amante, que iba á buscar algo que comer,—que es lo primero que se le ocurre á un gato cuando tiene hambre,—y á preparar el terreno para que yo fuera bien recibida en la casa de su familia.

Esperé su vuelta, viendo volar los pajarillos, y procurando, aunque en vano, coger alguno con objeto de hacer con él lo que mi madre con sus hijos; y estando entretenida en esta inocente diversion, vi salir á la azotea á mi ama, que con las mas cariñosas palabras, y enseñándome un pedazo de Ligado, me llamaba.... Rubor me cuesta confesarlo, pero es el caso que di á mi ama la prueba mayor de ingratitud, prefiriendo quedarme en el tejado y esperar la vuelta de mi don Juan.

Volvió este, pero ¿cuándo volvió?... cuando ya la noche había tendido su negro manto, volvió con muchísimo amor, pero sin un mal hueso que roer.... Nada me dijo de esto,—que era lo que mas importaba,—y yo nada le dije, porque francamente, me repugnaba hablar á mi amante de una cosa tan prosaica como el comer, cuando él me hablaba de amor, y sacudía la hermosa cola, y enderezaba las orejas, y me arrullaba dulcemente.—Pasó la noche y llegó el día, y volvió á dejarme, asegurándome que ya tenía casi convencida á la doncella de la casa para que intercediera por mí, á fin de que fuera admitida en la casa.—Otra vez volvió á salir mi ama á la azotea con otro pedazo de hígado, y al ver este delicioso manjar, no pude menos de acercarme cuanto pude y manifestar á mi ama la satisfacción con que lo recibiría. Comprendió ella mi deseo, y me lo envió, pero con tan mala suerte para mí, que en lugar de caer á mi alcance, cayó á la calle. Me asomé al alero, y vi que un perro que por la calle pasaba muy deprisa, huyendo sin duda de la policía, lo olió, se lo comió, levantó la cabeza, me hizo un saludo con la cola, dándome gracias por la atención, y siguió su camino.

Hasta la noche no pareció mi galán, tan escaso de viveres como repleto de amor.... Ya no pude resistir mas y le hablé en estos términos:

—Mucho en verdad os amo, señor y dueño mio, bien reconozco las nobilísimas prendas que en vos resplandecen, mucha es mi pesadumbre y muy triste y desolada quedo cuando no os veo, bien se me alcanza la lucha que habreis de sostener con la familia ilustre y poderosa á que pertenecéis, para que aplauda y sancione nuestra union,—que al fin, aunque yo sea gata criada en desván,—que en un desvan nací,—gran distancia hay entre vos, noble, opulento y festejado, y yo, huérfana triste, demadre desdichada y de padre mas desdichado todavía, á quien las disensiones políticas impidieron cuidar de asegurar la existencia de su viuda y de sus tiernos hijos; pero mejor que todo esto, conozco mi ruina y mezquina naturaleza y las necesidades á que he nacido sujeta, de las cuales la primera,—y dispenseme vuestra hidalguía que de cosa tan nimia y deleznable le entreteña,—es la de comer. Esta fea costumbre tengo, señor, desde que nací, y si vos habeis de satisfacerla como lo hicisteis ayer, y como lo habeis hecho hoy, por seguro tengo que pronto llorareis sobre mi tumba, pena horrible que yo quisiera; á costa de cualquier sacrificio, evitaros, y que vos mismo podeis evitaros mejor, trayéndome algunas de las sobras de la suntuosa y rica mesa que en vuestro palacio habrá,—que con eso y menos me contentaré yo, si seis vos quien me lo traéis, que de vos todo lo debo y lo puedo recibir, y en ello no padecerá mengua mi decoro.

Convecieron estas razones á mi amante, pero aquella noche tuve que ver por tercera vez la procesion de las Animas; despidiéndose de mí cerca del amanecer, prometiéndome que al momento volveria con delicados y dulcísimos manjares, y yo fingí creerle; pero así como le vi dirigirse á la ventana, ó mejor dicho, á la gatera por donde desaparecia diariamente, eché tras él, resuelta á presentarme yo misma á la poderosa familia que era arbitra de la suerte de mi seductor, y sobre todo decidida y mas que decidida á comer algo, que el hambre no tiene espera, y yo la tenía mas grande, y mas justificada por cierto, que la que tienen en este país esos hombres que se llaman públicos, y no son otra cosa que gatos, con levita y sombrero.—Salvo mi amante la gatera salvé yo tras de él, y siguiendo por un corredor bastante oscuro, y que me hacía formar pobrisimo concepto del palacio que habitaba aquel indino, dimos en un cuarto, en el que entré él y entré yo, por un hueco que había debajo de la puerta,—y hubiérame podido entrar yo por el agujero de la llave,—y me encontré con un cuartucho, que de todo tenía aspecto, menos de palacio. Mi amante subió á una cama, ó mejor dicho, á un colchon que parecía una oblea, y acomodándose lo mejor que pudo, dispúsose á dormir, como un gato sin vergüenza, que era.—La habitacion inmediata era una cocina, en la que no había nada, absolutamente nada que comer, y allí hubiera caído muerta de hambre y des-

peracion, si no hubiese visto salir de un agujero, que había en un rincon, y dirigirse á la carbonera, donde debía hallarse el cuartel general, un raton, joven y atrevido, que sin duda volvia de hacer un reconocimiento, y lo hizo de mi estómago, donde reclví darle hospitalidad. Aun oía yo las quejas de mi prisionero, cuando otro raton, que salia de la carbonera y se dirigia al agujero, enviado sin duda por el general del ejército á averiguar qué había sido del oficial encargado del reconocimiento, hizo tambien conocimiento con mis dientes, y en mi interior pudo hallar á su compañero.

Las emociones de los dias anteriores, el hambre, el despecho, el desengaño, los amargos, y al mismo tiempo dulces recuerdos de mi pasado, la tristeza del presente y la incertidumbre del porvenir, un sin número de ideas que unas saltaban por encima de otras en mi imaginacion, me rindieron al fin, y quedéme, no dormida, porque, ¿cómo ha de poder dormir gata enamorada y desengañada?... sino postrada encima del fegon de aquella cocina abandonada, potencia en otro tiempo aseo de primer orden, é invadida entonces por un ejército de ratones.

Y quien quiera saber el fin de estos episodios de mi vida, espere unos dias, y será satisfecho.

(Concluirá en el número próximo.)

EL ÁNGEL DE LA CARIDAD.

(Conclusion.)

VII.

Daniel, el niño vecino de Clara, que tenía un año menos que esta, había sido su compañero, su hermano de la infancia, hasta que un dia Clara le dijo:

—Daniel, ahora tendrás que jugar tú solo, porque yo tengo que ir á la escuela para aprender á coser y á bordar y ganar dinero para mi padre.

Pero Daniel no sabia divertirse solo. Era un niño de complexion delicada, que no conocia ni podía tomar parte en los juegos delicados de los niños de su edad. Estaba habituado á una vida melancólica y sin distraccion alguna. Nunca había visto reír á su madre, y él no se atrevia á reír tampoco.

Sus padres habían tenido cinco hijos, de los que Dios se había llevado cuatro.

La voz dulce y melancólica de su padre le había dicho muchas veces que él solo debía amar á su madre por los cuatro que Dios tenía en el cielo; y el niño, sin comprender lo que se le decía, obedecía perfectamente el consejo de su padre.

La melancolia de la joven madre, fundada en los temores que le inspiraba la salud de su hijo, no hallaba consuelo. Daniel necesitaba otra atmosfera para crecer y asegurar su vida. La pobre madre comprendia que Daniel moriría tan pronto como sus hermanos.

Clara era la única que distraía al débil niño, y Clara ya no le veía sino alguno que otro dia festivo.

Pero Daniel había encontrado otro compañero; el anciano Simon, el portero jubilado é inquilino del sexto piso de aquella casa. Simon, que amaba á todos los niños, amaba mucho mas á Daniel, porque este oía embebecido sus cuentos y sus descripciones de la guerra y no se dormia nunca cuando se los contaba.

Cuando no había mucha humedad y el frio no amenazaba aumentar la tos del niño, Simon le llevaba con él á los recados que á su honradez confiaban los vecinos de la casa.

Daniel en cambio le prestaba algunos libros de su padre y le ayudaba á preparar su frugal alimento.

En resumen, Simon y Daniel eran dos leales y francos amigos.

El dia primero del año, Daniel, despues de haber recibido de su madre un hermoso pastel, regalo de la señora del cuarto segundo, pidió permiso para ir á ver á Simon, que le fue concedido al momento.

Daniel subia muy satisfecho á ver á su anciano amigo, pero al abrir la puerta de la misera habitacion quedó desagradablemente sorprendido.

Simon, que acostumbraba á levantarse á la aurora, estaba aun en la cama.

Daniel se aproximó de puntillas para no desportarle, y al ver á Simon en el suelo, exclamó el anciano:

—Estoy muy malo, hijito mio, exclamó el anciano; esta noche he tenido una calentura horrible. He querido levantarme para encender lumbre, pero no me puedo sostener.

Daniel, sin decir nada, había recogido unos carbones y se ocupaba en hacerlos arder.

—No vas á poder, hijo mio, le decía el viejo.

Pero el niño, como si aquella no fuera la primera vez, logró salir airado de su empresa.

—¡Dios te bendiga! exclamó el pobre viejo. ¡Mira tú qué desgracia! ¡no poder levantarme hoy!... To-

dos los años me dan algo los vecinos, y hoy no puedo bajar... y no me darán nada, porque mañana no es ya primer día de año....

—Es verdad! dijo Daniel. Y como si le ocurriera una luminosa idea, después que los carbones quedaron convertidos en ascuas y arrió a la lumbre un puchero con flor de malva, que Simon le indicó, salió, prometiendo a su amigo volver a pasar todo el día con él.

Un cuarto de hora después, el niño, con la gorrieta en la mano y temblando de rubor, se hallaba delante del marqués y la marquesa del Laurel.

—¿Qué quieres, hijo mio? le preguntó la marquesa.

—Mira qué guapo es! añadió dirigiéndose a su marido.

Daniel, sin apercibirse de la observacion de que era objeto, contestó tímidamente:

—Señora, es que Simon... ya sabe V... Simon, el que limpia los faroles y barre el patio... Simon.

—Y vamos a ver, ¿qué quiere ese Simon que hace tantas cosas?..

—Está malo, señora, contestó por fin el niño, fijando sus hermosos ojos azules en el bondadoso semblante de la marquesa, y como no puede venir él mismo....

—Ya comprendo, exclamó la marquesa; te ha encargado a ti....

—No, no, señora, él no sabe nada....

—Bueno, bueno, añadió la marquesa; toma, hijo mio, dale esto.

Y le entregó dos napoleones.

—Gracias, señora.

Y se apresuró a salir.

Alentado por el buen éxito de su primera visita, llamó también en el cuarto segundo, donde Isabel y Luisa, después de muchas caricias y muchas preguntas, le dieron igual cantidad.

Y con completa confianza en su buena suerte, tiró también de la campanilla del piso tercero.

Don Carlos le recibió con una gravedad que desconcertó completamente a la pobre criatura.

—Señor, Simon está malo y....

—Bien, bien, le interrumpió el solteron: ¿Es para Simon ó para tí, buena pieza?..

Y arrojó sobre la mesa dos pesetas.

Daniel, humillado por aquel inesperado insulto,

se echó a llorar, y sin coger el dinero, salió apresurado de la habitacion del solteron, victima en aquel momento del spleen mas insufrible.

El tesoro que llevaba al viejo, le hizo olvidar muy pronto aquel desagradable incidente. Sin decir nada a su madre, Daniel cogió el pastel que no habia querido comer por la mañana, envolvió el dinero en un papel, y subió al cuarto de Simon.

Simon se habia levantado y estaba sentado junto al fuego.

Estaba lívido, y temblaba como si estuviera espuesto al frio mas riguroso

—¿Cómo se ha levantado V? le preguntó el niño.

—Si, es preciso que baje a pedir a los vecinos.... Tengo que comprar carbon... y una mantá con que abrigarme.

Daniel se adelantó entonces y entregó al viejo el dinero y el pastel: Simon, llorando de alegría, abrió sus brazos al tierno niño, que lloraba también, satisfecho de haber hecho una buena accion.

—Hijo mio exclamó el anciano, nada tengo que darte, pero siempre vale algo la bendición de un hombre honrado, próximo a morir. Yo pediré a Dios, hijo mio, que te dé fuerza y salud para que puedas ser hombre y hallar en el mundo la recompensa de esta obra de caridad... ¡Dios te bendiga, hijo mio!.. Ven, ven, añádimos, procurando levantarse; quiero contar a tus padres lo que has hecho por mí.

El niño le detuvo.

—No, no quiero que nadie lo sepa.

Pero el viejo no fué tan discreto como queria su infartil protector, y lo primero que hizo cuando pudo salir de su tugurio, fué ir a contárselo todo a la madre de Daniel.

Este no supo nada de la indiscrecion del viejo; pero desde aquel día oyó a su madre decir constantemente:

—¡Dios le dé salud, ya que le ha dado tan buen corazón!

VIII.

Acababan de dar las doce de la noche. Habia terminado el primer día del año nuevo. El Angel de la Caridad levantó sus ojos al cielo, tomó la pluma de oro y los sagrados libros.

En el libro de las Limosnas escribió las de la

no le quiere dar la capa, que se la empeñó hace un mes, y en el mismo acto del juicio el pobre esposo la ve en hombros del hombre bueno, que está presente, y que es el hombre bueno que lleva la buena de su mujer.

El hombre bueno protesta de su notoria honradez, y hace la historia de vicios del pobre marido aquel, hora la esposa inocente, y recuerda aquella vez en que la pegó el esposo una paliza cruel,

y mire así, le dice al recto severo juez, los cardenales que tengo salvada la parte.—y al ver el juez que quiere enseñarle un sacro colegio que no entra en sus atribuciones visitar, le dice:—«Usted, dentro de tercero dia entregará bien a bien, la capa a su esposo,—y salen con esto de allí los tres, y el hombre bueno al marido le dice con mucho aquel:—«Dentro de tercero dia le daré a usted un puntapié;» y la esposa añade al punto:—«Dime, gran indino, ¿quién pagó la capa?... La tonta, la tonta de tu mujer, que pa que fueras decente a la Vicaria... ¡pués! fué y se raseó pelo arriba, y te la dio... ¡Mire usted! y me cita por la capa... que la destrozó en un mes... y que el señor ha tenido, pa podérsela poner, que llevaria a que en el tinte se la vuelvan del revés.... Vaya usted mucho con Dios, y no me vuelva usted a ver... que no estoy pa perder tiempo en venir a ver a usted, que el tiempo lo necesito pa buscarme que comer.... ¡Vámonos, chico,—y se afufa

marquesa del Laurel, las de Isabel y las de don Carlos Pózo.

Y en el libro de la Caridad señaló las obras de caridad de Luisa, de Cristina y del niño Daniel.

CASCABELES.

Algunos periódicos, en vista de que el señor Catalina pretende próroga del arriendo del teatro del Principe, que hace dos años le adjudicó el Ayuntamiento, después de pedir informe a los primeros autores dramáticos, piden que se le niegue lo que en el uso de su derecho solicita, y que el teatro salga a subasta.

Siendo hoy la misma que hace dos años la compañía del teatro del Principe, habiendo cumplido perfectamente su compromiso la empresa, y hecho no pocos sacrificios, y sujetándose a las condiciones que para la próroga le imponga el Ayuntamiento, nos parece que no hay para qué sacar nuevamente a subasta el teatro, y que la actual empresa merezca ser preferida.

Así creemos que lo habrá acordado también el Ayuntamiento.

De presidios Escobar

visitador al fin es....

De esto se debe alegrar

el pueblo de Leganés,

donde es él muy popular.

En el teatro de la Zarzuela, cuya ingrata empresa empieza a renegar de las zarzuelas, que son las que le han dado honra y provecho, se prepara una comedia que se llama *Llegué, vi y vencí*.

Si,—no lo quiera el Señor,—

hace fiasco, el autor

dirá con razon:—«Llegué,

me vieron y no gusté.»

El tenor Mongini, que tiene una vanidad que os-

con el hombre bueno, el que se emboza en la capa, y dice: «Que no haiga ningun aquel;» y el marido paga el pato, paga la cita tambien, y se vuelve sin la capa en un invierno cruel.... El editor responsable de un periódico que ayer dijo que era un animal muy grande un tal don Ginés, a quien han dado un empleo sin enseñarle a leer; allí está con su nombre bueno, y allí don Ginés tambien con su hombre bueno aparece, a pedir con altivez satisfacion de la injuria que le infiere aquel papel....

El animal y el periódico llegan delante del juez, aquel con voz conmovida el suelto injurioso lee, los servicios enumera que hizo a la patria y al rey, encarece la justicia con que empleado se vé, y habla por fin de sus niños, que tiene ya el pobre seis, y de su fama, y su gloria, y acaba pidiendo que, ó se retracte el periódico ó se le aplique la ley.

El editor responsable dice:—«Señor don Ginés, no pensamos que una broma le pudiera así ofender. la frase a que usted alude, con la que se alude a usted, es solamente una hipérbole, porque bien claro se vé que no es usted un animal, ni mucho menos.»—«Muy bien, dice don Ginés,—pues eso lo tiene usted que poner en el periódico.»—«Bueno, sí, señor, que lo pondré.»

Y con esto acaba el juicio, pero el insulto soez por mas que se rectifique queda siempre en el papel.

(Se continuará.)

(Se continuará.)

(Se continuará.)

(Se continuará.)

ROMANCES POPULARES.

POR

D. CARLOS FRONTAURA.

XI.

Madrid.

POR LA TARDE.

Allá por las Platerías, desde las dos a las tres, estremado movimiento de escribanos suele haber, y a las puertas de la Audiencia gran concurrencia se vé de personas, que citadas son a presencia del juez porque deben al casero, porque deben el comer, porque deben el vestido y el modo de andar tambien, porque han pedido dinero a un usurero soez, que antes de dárselo quiere asegurárselo bien, y legalizar usura, robo, que él llama interés, y que el gobierno consiente, porque dice:—«Y a mí, ¿qué?...» Allí están los hombres buenos, —¡solo allí se pueden ver!— cuya mision en el juicio es decir a todo: «Amen....» Juicios de conciliacion se llaman estos, y a fé, que en ellos se ven escenas buenas para un entremes.... Un esposo muy cargado de razon, a su mujer la cita, porque la esposa, con la que no vive él,

carece su mérito, al salir de Madrid, ha dirigido unos versos insultantes al señor Goizueta, que le habia juzgado en sus criticas musicales mas ó menos severamente, sin escasearle los elogios cuando los ha merecido.

Dicho crítico cree, como todo el mundo, que dicho artista, siendo un buen cantante, que eso no se le ha de negar, no es un tenor de fuerza.

Y él, para probar que tiene mucha fuerza y mucha voz, va, coge la pluma, y viene, y dá al crítico una coz.

Esto es para que llenemos de incienso y de jabón á los artistas extranjeros.

—De fuerza es el gran tenor Mongini...

—Si, si, señor. No cabe en eso disputa. Es tenor de fuerza... bruta.

En Pamplona hay un poeta que es capaz de cometer el siguiente atentado, con la mejor intencion:

CANTARES POPULARES

A la entrada triunfal de S. M. el Rey Don FRANCISCO ASIS MARIA DE BORBON, en la ciudad de Pamplona á su regreso de la Villa de París y el notable acontecimiento de la apertura de la Ferro-vía del Norte, 22 en Agosto de 1864.

Ya regresa de Francia el Rey Francisco de Asis; de visitar á la Eugenia, y al Emperador Don Luis.

Cantemos alegres bebiendo buen ron; merendemos liebres, truchas y salmon.

Toda la Navarra entera hace estremos de alegría, por que pasa la frontera Don Francisco Asis Maria.

Cantemos alegres, etc.

Ya vienen las postas reales compitiendo con el viento; ya iluminan los portales con activo movimiento.

Cantemos alegres, etc.

Si la Francia lo ha obsequiado con elegantes funciones, los navarros le han mostrado sus mas tiernas afecciones.

Cantemos alegres, etc.

En el puente de Burlada se ostenta un arco triunfal; conteniendo en su portada, un trofeo sin igual.

Cantemos alegres, etc.

Las murallas de Pamplona están llenitas de gente; por ver á la Real Persona, que regresa felizmente.

Cantemos alegres, etc.

Pedro Alejandría.

El teatro del Circo prepara una zarzuela titulada Cadenas de oro.

¿Son cadenas de reloj, ó son las con que están uncidos al carro del presupuesto, tantos hombres grandes?...

Mena y Zorrilla

ya es director de los correos... ¡¡¡Gracias á Dios!!!

El señor Eguilaz ha escrito una zarzuela para el teatro del Circo. La pone en música Oudrid.

¡A ver!... ¿quién es el teniente alcalde que debe cuidar de la calle de Alcalá y continuation hasta los Campos Eliseos?... Que se presente ese señor, y diga, si se atreve, si es digno y decoroso que en la capital de una nacion como la nuestra esté completamente á oscuras por la noche la calle principal, por donde mas gente y mas coches pasan, y en la que tantas desgracias puede ocasionar la falta de luz.

Ya está reimpresso el número 29 de EL CASCABEL.

LOGOGRIFO.

Orgullosa soy y valgo, mas no tanto como creo, bajo mi apariencia rica miserias sin cuento tengo, y aun cuando no se me llame, en todas partes me meto, menos en una, do un dia una paiza me dieron.... Hallar en mí es cosa fácil lo que buscan con empeño algunas miserias madres, lo que por delante llevo, un número, y un pecado, y dos cosas que hallo dentro de los Campos, otra cosa que me la encuentro en el pelo, lo primero que se compra una sociedad de crédito, una mujer de Siberia, una novia de gran mérito, una prenda de vestir, el fin del nombre del dueño de un periódico, al que nadie ha podido hacer mal tercio, un animal, la manteca que ni de balde la quiero, lo que de dicho animal comen algunos sugetos.... y aquí el logogrifo acaba, y es bien facil resolverlo.

Casi todos los franceses que estos dias hemos tenido en la corte, han comprado en la calle de Toledo navajas de diversos tamaños. ¡A que van diciendo que son prendas de amor que les han dado las damas españolas!

Solucion de la charadita y del logogrifo del número 52.

Calabozo es tu charada, tu logogrifo calor.... Queda tuyo un suscriptor que vive en Puerta Cerrada.

Se ha notado la falta de don Salustiano O'ozaga en la recepcion del Rey de España en Paris, á la que asistieron los españoles de suposicion residentes en aquella Babel.

Yo, presumir me permito, y presumo que no en vano, que faltó don Salustiano porque faltó el lomo frito.

Un cirujano debia cierta cantidad á un pobre hombre, que no sabia cómo sacársela, despues de apurar todos los medios, desde el de la justicia hasta el de las amenazas.

—Déme V. alguna prenda, le decia.

—No tengo ninguna, contestaba el deudor; la única que tenia era mi mujer, y se me murió.

Un dia desesperado ya, le dijo:

—V. no quiere pagarme, pero yo le obligaré á que me pague, mal que le pese, porque vá V. á hacerme todas las semanas, durante tres meses, una sangría, y á poner á mi mujer tres docenas de sanguijuelas.

En casa de un amigo nuestro cayó la otra noche un raton en la ratonera. Por la mañana lo vé nuestro amigo, y ya iba á sacarlo con las tenazas para tirarlo donde es escusado decir, cuando advierte que el animalito está en estado interesante, lo que quiere decir que es ratona, y soltando las tenazas, dice á su mujer:

—Mira, esperaremos á que salga de su cuidado, y así tiraremos de una vez la madre y los hijos. Este amigo nuestro será ministro cualquier dia.

Solucion del logogrifo y la charada del número 54.

¡Revolucion?... ¡Caracoles!... Me voy corriendo á Mostóles, que yo soy una mujer que algo tiene que perder.

La señora de siempre.

Dice un amigo nuestro que para que se respiren aires puros, y por lo tanto saludables, las ciudades deberian edificarse siempre en el campo. Este amigo nuestro será ministro el mejor dia para él, y el peor dia para el país.

CHARADITA.

Repetida la primera se pone cualquier ministro, siempre que su posicion le tiene desvanecido; la segunda y la tercera es escándalo y peligro, y es además una especie una especie de añadido; la cuarta con la tercera úsase para vestidos, y en la casa que no tenga cuarta y primera no vivo; se repite la segunda, y es fruto sabroso y rico; y repiten la tercera cantando con mucho brio Tamberlik, Perico el ciego y otros artistas muy dignos; y la tercera y la cuarta tu corazon, como el mio, sabe ya por esperiencia; y del todo, los vecinos de la corte apasionados somos desde tiempo antiguo.

ADVERTENCIA.

El lunes se empiezan á remitir á los suscritores de provincias los ejemplares del libro que les regalamos.

Causas independientes de nuestra voluntad nos han obligado á repartir en Agosto este obsequio, que debiamos haber repartido en Julio.

Nuestros constantes favorecedores nos dispensarán esta falta, única en que hemos incurrido desde que comenzó la publicacion de EL CASCABEL, vá á hacer un año.

En fin de Setiembre próximo queda terminado el tomo primero de EL CASCABEL, y en 1.º de Octubre empezará la publicacion del segundo con notables mejoras, tanto en la parte literaria como en la material. Los señores suscritores actuales, cuyo abono termina en fin de Setiembre y en todo este mes, renueven la suscripcion por tres ó mas meses, y los nuevos suscritores que se abonen por seis meses ó un año en todo el citado mes, tendrán derecho al nuevo regalo, que estamos preparando ya.

Precio de la suscripcion en toda España.—Tres meses 6 rs.—6 meses 12 —Un año, 24.

No se sirve suscripcion cuyo importe no acompañe al aviso.

ANUNCIOS.

HISTORIAS TRISTES.

Ocho leyendas escritas por D. Carlos Frontaura. Seis originales y dos imitadas del francés. Un tomo de 160 páginas de impresion muy compacta y que contiene mas lectura que un tomo en 8.º de 300 páginas y letra regleteada.

Lectura amena, entretenida, moral y provechosa. Bonita edicion, letra nueva.

TÍTULOS DE LAS LEYENDAS.

- El 13 de Enero. La Palma bendita. Emilia. Las Animas. Doña Maria de Alhama. Arria. Hulkem. Mala lengua.

Precio: 4 rs.

Madrid, Administración de EL CASCABEL, Jardines, 11.—Librerías de Bailli-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso, y de Durán, Carrera de San Gerónimo.

A provincias se remite cada ejemplar, previo aviso á la Administración, acompañando al aviso diez sellos de á cuatro cuartos.—Los libreros que remitan el importe de doce ejemplares, obtendrán el 20 por 100 de rebaja.

EL CASCABEL.

Cuesta la suscripcion por tres meses 6 rs. en toda España.—Administracion, Jardines, 11.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable: D. Francisco Perezagua.

Imprenta de Manuel Minuesa, callé de Juanelo, núm. 19.